

ción pacífica ó resultar un vencedor y un vencido, y ser precedida y seguida de un estado normal de paz y tranquilidad.

Dudo que la frase *lucha por la existencia* traduzca bien el pensamiento de Darwin; porque lo experimental, lo cierto, lo racional, lo verdaderamente científico es que todo lo que vive conserva su existencia acomodando su manera de ser al medio en que se halla, ó buscando un medio más favorable, adaptándose lo que le favorece y puede alcanzar, y rechazando, si puede, lo que le perjudica; pero eso no es luchar. Luchan, y luchan á muerte, y bueno es que luchen, dos seres ó dos colectividades entre sí impulsadas por el deseo ó por la necesidad de obtener una cosa única: una hembra, una comida, una distinción, una ventaja, una hegemonía; no luchan las cosas y los seres por las adaptaciones y combinaciones de lo inconsciente, de lo desapasionado, de lo involuntario, de lo incapaz de luchar que necesitan, y encuentran, fácil ó difícil de alcanzar, logren ó no alcanzarlo.

Los seres vivientes viven, y no luchan esencialmente por y para vivir, sino que luchan excepcionalmente cuando otro ser, rival ó concurrente, le disputa algo que considera necesario á su existencia.

Entre el individuo, persona ó colectividad, siempre exigentes, y el medio ambiente, demarcación geográfica, ó conjunto nacional consuetudinario y jurídico, siempre resistente, existe constante é ininterrumpible una acción y una reacción, efectuando una especie de vaivén determinado por unas oscilaciones semejantes á las de un péndulo que recibiera impulso contradictorio y diametralmente opuesto. La ley de ese movimiento constituye el progreso: su detalle forma la historia; su conocimiento anticipa el ideal.

La *lucha por la existencia* es una frase vacía de sentido, es una frase fantasma encubridora de una gran injusticia, opuesta al progreso, y, por tanto, opuesta á la libertad individual y á la igualdad social.

Invocar en nombre de la ciencia la lucha por la existencia, es como profetizar en nombre de la divinidad que siempre ha de haber pobres en el mundo; frases ambas que constituyen, más que dos errores, dos grandes crímenes de lesa humanidad.

No culpo á Darwin ni á los sabios que de buena fe le siguen. Sé que la burguesía ha truncado con miras egoístas de clase el pensamiento de aquel gran hombre, como ha demostrado Kropotkine con *Entr'aide* (Ayuda mútua), y como la entiende el Proletariado con la Asociación Internacional de los Trabajadores y con sus Confederaciones generales del Trabajo, obra del sindicalismo moderno, expresión nueva de la gran solidaridad obrera internacional.

Suele decirse á los trabajadores, por escritores burgueses y aun yo recuerdo haberlo leído por algún escritor obrero procedente del socialismo parlamentario, «que ninguna clase social debe intentar una revolución mientras no sea la clase más fuerte; y no ya por su ideal, sino por su superior inteligencia, por su mayor moralidad, y esto no de un modo relativo, sino absoluto.

Y considero que el obrero que tal crea se pierde para siempre para el compañerismo, para la acción común, para el progreso, porque esa afirmación es contraria al espíritu de la historia, en que resplandece el valor moral y material de las minorías como activísimos agentes progresivos.

La Enciclopedia, gran obra intelectual precursora y en gran parte causante principal de la Revolución francesa, la escribieron unos cuantos sabios y no sólo no brillaba entonces la burguesía en general por su superior inteligencia, sino que hoy, transcurrido más de un siglo, abundan los ignorantes adinerados.

El proletariado actual no asiste á la universidad, ni casi á la escuela; pero sabe que es explotado, que se le alambica la vida por medio del jornal, que la posesión es la línea divisoria que rompe la unidad humana para sostener la división de pobres y ricos, y como